

José Luis de la Fuente O'Connor

Resumen de mi trayectoria vital

Nací en la ciudad de Madrid, España.

Los primeros años de mi vida los pasé en Getafe, al sur de la capital. Actualmente resido en Alcobendas, al norte de ésta.

Desde los seis años, toda mi formación elemental la llevé a cabo en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar, de la calle Castelló de Madrid. Mis estudios universitarios posteriores se enfocaron en la ingeniería, pues había seguido desde niño muy de cerca esta profesión a través del ejemplo de mi padre, José Luis de la Fuente Duque, y de mi abuelo, Alberto O'Connor y de Latil. Cursé los estudios de ingeniería industrial en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales, adscrita desde hacía poco a la Universidad Politécnica de Madrid. Terminé estos estudios en junio de 1976 después de cinco duros y fascinantes años (al contemplarlos claro desde la lejanía de los años). Nada más terminar me fichó Juan Kariger, un alto directivo de Hidroeléctrica Española, hoy Iberdrola, para trabajar en esa magnífica empresa.

En 1977 me trasladé a los EE.UU., a la Universidad de Stanford de California (unos pocos kilómetros al sur de San Francisco), donde estudié Sistemas Económico-Ingenieriles (traducción con cierto sesgo español de Engineering Economic Systems). Al volver a España me reincorporé a Hidroeléctrica Española. Simultáneamente durante un tiempo mi trabajo con mis estudios de doctorado. Me doctoré en julio de 1979 leyendo mi tesis doctoral sobre optimización de recursos mediante Programación Entera.

A finales de ese mismo año me desplazé unos meses a Francia, a la sede de la Dirección de Estudios e Investigación de Électricité de France en Clamart, al sur de París, para ayudar a completar unos programas de investigación conjuntos de Hidroeléctrica Española y ese gigante de la energía eléctrica, así como aprender lo más posible experiencias de esa empresa que nos podrían ser útiles en nuestro trabajo sobre planificación de inversiones.

Mi carrera profesional en el ámbito privado se extiende casi 42 años, esencialmente en lo que hoy es Iberdrola, y antes Hidroeléctrica Española. Esta empresa ha influido notablemente en mi vida y me ha dado excelentes oportunidades de dedicarme a multitud de asuntos de estudio, investigación, análisis y gestión, en diversos niveles de responsabilidad y con desigual proyección y acierto por mi parte. Durante todos estos años he colaborado y dirigido a muchos grupos de personas muy valiosos. En España y fuera de ella, en los proyectos de I+D europeos

que he encabezado y en los diversos departamentos y direcciones a los que he estado adscrito. Mirándolo con perspectiva, casi todo lo que he acometido y he procurado acometer en Iberdrola ha estado influenciado por mi voluntad y convencimiento de que la ingeniería en general, y la industrial en particular, están para servir a nuestros semejantes y a la sociedad en la que actuamos, y para resolver los problemas de carácter técnico-económico de la Humanidad. He buscado en la investigación y en el estudio el medio idóneo para proporcionar las nuevas soluciones que los avances tecnológicos y el ingenio humano son capaces de aportar.

Sigo aún con la convicción de que no hay nada más apasionante en la vida que ayudar a resolver los problemas prácticos de la comunidad en la que vivimos. En mi trabajo profesional he tratado de aportar un minúsculo grano de arena de estudio, reflexión y practicidad en algo tan esencial hoy en día como es el abastecimiento de energía eléctrica. El aprovechamiento a este respecto ha sido muy desigual.

En alguno de los últimos años, después de cinco dedicado a la Fundación Iberdrola, donde tuve el privilegio de trabajar de adjunto al entonces vicepresidente de Iberdrola, Javier Herrero, he tenido la suerte de poder dedicarme a una cuestión denominada Inteligencia Estratégica, con múltiples acepciones dentro y fuera de España: Inteligencia Económica, Inteligencia Competitiva, Vigilancia Tecnológica, Inteligencia Tecnológica, Inteligencia Empresarial, etc. Su objeto es contemplar y estudiar toda la información relevante para los diversos agentes que intervienen en la toma de decisiones y gobernanza de la economía de una empresa, o nación, y su capacidad de influencia en su entorno de actuación social y político, así como la búsqueda óptima de esa información, su tratamiento, distribución y protección. Algo realmente fascinante.

Desde comienzos de 2011 hasta su decaimiento por la brutal crisis que todavía colea en España, tuve el honor de presidir la Asociación Española para la Promoción de la Inteligencia Competitiva, ASEPIC, que buscaba difundir esta disciplina en España. Su implantación, creemos, puede ser un instrumento de primera magnitud para ayudar a sacar mucho más partido de las capacidades de las personas, vía su uso inteligente, la información y los recursos de que disponemos y así conseguir que España genere más actividad económica de alto valor añadido y juegue un papel mucho más destacado en el panorama europeo e internacional. Lo más excelso de los seres humanos, la inteligencia, nos debe dar mucho más rendimiento que el mero bienestar y el dinero, a la vez que ayudar a conseguir para todos un orden económico de medio y largo plazo mucho más justo y equitativo. Todo ello dentro de un orden de libertad y una democracia liberal.

Siguiendo una tradición familiar, iniciada por mi abuelo Alberto O'Connor en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Madrid, del

que recibió el testigo simbólico mi padre, desde 1987 me vengo dedicando a tiempo parcial a la enseñanza en esta Escuela de la Universidad Politécnica de Madrid. En 1989 conseguí por oposición la plaza de Profesor Titular de Universidad en el área de conocimiento de la Matemática Aplicada a la Ingeniería. Mis intereses de estudio e investigación académicos cubren diversos frentes dentro de los métodos y algoritmos numéricos para la simulación y el análisis y optimización, lineal y no lineal, de sistemas eléctricos, energéticos y económicos. A este respecto he escrito siete libros, dos de ellos premiados generosamente en España.

Con un grupo de compañeros de la universidad, a finales del año 2000 nos propusimos llevar a cabo un proyecto empresarial para atender diversos aspectos no cubiertos por la oferta de servicios existente entonces sobre estudio y optimización de sistemas energéticos. La empresa, EnerWeb, se fundó poco después y yo me incorporé a su accionariado pasados unos meses, gracias a la generosidad de mis compañeros. EnerWeb llegó a tener bastante éxito, gracias al impulso y conocimientos de mis colegas, hasta que los diversos cambios regulatorios habidos en España durante la última década la hicieron poco viable, tal como la habíamos concebido, por lo que la vendimos. Los que compraron el testigo de lo hecho siguen manteniendo su espíritu, aunque con otro nombre.

He sido durante poco más de ocho años Presidente de la Fundación Ceprosa, con la cual se daba cobertura a la labor que llevaba a cabo un colegio de educación especial para niños y adolescentes con discapacidad intelectual. En esta fundación he tenido ocasión de comprobar la voracidad individualista del pernicioso capitalismo de amiguetes y la multitud de redes clientelares de todo tipo que corrompen y campean a sus anchas en nuestro país —y no pocos de nuestro entorno económico—. Gran parte de ello apoyado en el egoísmo patrimonialista y posesivo de las repugnantes élites político-empresariales egoístas que lo lideran. Éstas casi nunca buscan el beneficio general de las personas sino el potenciar y perpetuar sus privilegios y capacidad de influencia, o los de la comunidad religiosa o credo a los que dicen representar y defender. Nada que ver con los principios de compromiso, compasión, humildad y hermandad.

Como muchas otras fundaciones con las que he tenido trato durante décadas, Ceprosa, cuyo principio residía en servir a la sociedad y complementar su labor de ayuda humanitaria a los más necesitados, o vulnerables en uno u otro aspecto, y a pesar de que en ella más del ochenta por ciento de los recursos económicos que se gestionaban tenían como fuente las subvenciones públicas de la Comunidad de Madrid, se gobernaba como si fuese un reducto patrimonial de muy pocas personas y el establecimiento donde dar trabajo y mantener ocupados a unas pocas individuos afines a una red clientelar.

Desde 1982 estoy casado con María Sagaseta de Ylurdoz y tengo dos hijos: Sandra y Alberto. Sandra es licenciada en economía y Master en Dirección de Recursos Humanos; Alberto es Ingeniero Industrial por la UPM y Master en Industrial Management and Operations por el Illinois Institute of Technology, de Chicago, EE.UU.

Desde mi paso por la Fundación Iberdrola dedico humildemente parte de mi tiempo a actividades sociales diversas y a colaborar en todo lo que puedo con mis semejantes a distintos niveles, o para aportar modestamente lo que yo entiendo es mejor para mi entorno humano y social. Sigo así, a muy pequeña escala, el ejemplo y testimonio de la persona más trascendental en mi vida, mi madre, Magdalena O'Connor Vallejo, cuya abnegación, decisión e ímpetu en este y otros aspectos de la vida no tenía límites. Con su muerte se me fue una parte muy grande del tesoro que es vivir la vida.

Durante varias porciones de mi vida profesional he estado ligado a organizaciones sindicales como medio para aprender y percatarme de los problemas reales laborales que padecemos muchos —que en determinados ambientes muy pocos denuncian o comparten—, y para actuar modestamente en ellos cuando podía o me lo permitía mi poco arrojo. Siempre he creído que si los sindicatos no existiesen como ahora operan —fundamentalmente productivistas— habría que inventarlos cuanto antes. La crisis brutal que hemos padecido —sin salir de ella todavía del todo como se puede constatar por la brutal cifra de paro que soporta nuestro país— hubiese sido mucho peor, a pesar del sufrimiento que ha generado a los trabajadores de todo nivel y estamento, si estas organizaciones no hubieran mediado como lo han hecho e impedido las tropeías sin fin que a muchas empresas y organizaciones más o menos democráticas, o eso se dicen, se les ha ocurrido durante estos últimos años.

Mi actividad sindical me ha llevado, en lo que es un auténtico milagro, a ser considerado y nombrado vocal de una Comisión de Expertos, que el Gobierno de España creó en julio de 2017, con el fin de analizar los diversos escenarios que se pueden dar en la Transición Energética que nos debe llevar a una Transformación de nuestro sistema económico y social en otro con un abastecimiento de energía más limpio, seguro, sostenible y competitivo.

Me encanta leer y así tratar de entender cuantas más cosas mejor, para desencadenar en mí ideas que tengan algo de original y para paliar mi ignorancia en multitud de asuntos de la vida, el saber y la cultura, de los que me gustaría conocer siquiera lo que creo es básico. Dedico el tiempo que puedo a adentrarme en escritos y obras de pensamiento e ideas de los que desgraciadamente no he sabido saborear y disfrutar a lo largo de mi vida. A esto ha debido contribuido el caer en la esquizo-

frenia educativa que hemos padecido los que recibimos la educación básica franquista de los años 50 y 60 —y que creo viene ocurriendo así en España desde el siglo XVII— y en la que se consideraba a los espacios técnicos y humanistas de conocimiento casi totalmente disjuntos y no complementarios.

Me gustó mucho jugar el tenis, hacer ciclismo y el tiro de precisión con arco y con armas de fuego de diversos tipos. Me desplazo habitualmente en moto desde hace diez años, por los avatares del destino laboral — injusto, caciquil y neo feudal en muchos aspectos, todavía, en nuestro tejido productivo—. Me gusta mucho hacer trabajos caseros, muy profesionalmente, por cierto, con todo tipo de herramientas que he ido conociendo y utilizando a lo largo de muchos años.

Alcobendas, mayo de 2018